

# El bosque encantado

El autor recomienda el proyecto 'La fantasía de los árboles', un recorrido nocturno por la chopera de Torres de Berrellén en el que participaron más de 700 personas

La noche del viernes viví, con 25 personas más, una aventura nocturna de algo más de dos horas en la chopera de Torres de Berrellén: un paseo por un espacio que se despliega en la ribera del Ebro y las montañas del Castellar (cuando enfrentas las colinas, parece que sales al mar, a un páramo lunar o a pedregal de nubes) y que tiene algo de bosque encantado. Allí el viento, por instantes, encendía sus acordeones, el autillo lanzaba sus lamentos sincopados, una orquesta de grillos modulaba sus cantos y un conjunto de velas trazaba caminos y una atmósfera

que, en la oscuridad, hace pensar en el desfile de la Santa Compañía. Esa correría se llama 'La fantasía de los árboles' y es un proyecto que lleva ya varios años y que dirigen el creador Nacho Arantegui y la Asociación Trarutan. Cada media hora, a partir de las diez, entran diversos grupos a confundirse con la naturaleza (este año pasarán 700 personas): se adentran en una catedral de copas, de sombras y de troncos desnudos. Hay un ambiente especial de misterio, de atemporalidad y de recogimiento. Y, por supuesto, de arte en el paisaje.

El recorrido se inicia en un es-

pacio de meditación: suena una flauta, brilla el algodón de los chopos, descansan las gigantes yescas. Luego, tras penetrar por un sendero sombrío, a veces cubierto de follaje, se sale ante un

**«Hay un ambiente especial de misterio, de atemporalidad y de recogimiento. Y, por supuesto, de arte en el paisaje»**

árbol antiguo, y una suerte de chamán ejecuta diversos registros de voz, como cantos espirituales, y narra una historia filosófica...

La visita prosigue por diversas instalaciones: en una de ellas, que parece la cabaña de Heidegger, hay como cuatro puertas con mirillas que revelan la vida oculta de los chopos. Más adelante, hay otro lugar donde los árboles, arrastrados por la corriente, parecen seres vivos o tótems prehistóricos; más allá asistimos a un espectáculo de danza y de ópera. Ya instalados en el asombro, vivimos una impresión de vértigo por un camino que podría ser el de la Vía Láctea.

El viaje concluye en un refugio donde suenan tambores o gongs: una música tribal heredada, quizá, de los espectros del bosque. El hombre es un animal que sueña y que siente, y a veces se encuentra consigo mismo, así, cuando menos se lo espera, en un edén a medianoche.